

Santidad Salesiana

de los Deportes "Ruffini" de Turín para participar en los festejos por el centenario de su asociación.

El evento, realizado bajo el eslogan "Las manos en el mundo, las raíces en el corazón", ha dado inicio por la mañana con el recibimiento de las representaciones de las Federaciones que han desfilado con las banderas y trajes típicos de cada nación en las que las Ex-alumnas y Ex-alumnos de las Hijas de María Auxiliadora están presentes. Luego de los saludos de la inspectora del Piemonte, sor Celestina Corna, ha tenido lugar la celebración de la Eucaristía presidida por el Rector Mayor, don Pascual Chávez, acompañado por su Vicario, don Adriano Bregolin, y el inspector de la Circunscripción especial del Piemonte y el Valle de Aosta, don Pietro Migliasso.

El P. Pascual Chávez ha comentado el lema del centenario –"Las manos en el mundo, las raíces en el corazón"– que pone en evidencia la creación del mundo y la entrega de este por parte de Dios al hombre y a la mujer para que juntos cuiden de él. Una tarea que ha de desarrollarse también con la delicada misión de la educación. "Las Ex-alumnas y los Ex-alumnos de las Hijas de María Auxiliadora forman parte de la Familia Salesiana en virtud de la educación recibida, -ha dicho el Rector Mayor- es decir, que consideran positiva la educación salesiana sintiéndola válida para su vida. Han logrado ser 'los honrados ciudadanos y los buenos cristianos' que quería Don Bosco. Por ello las Ex-alumnas y los Ex-alumnos deben convertirse en los primeros apóstoles de esta educación en todas sus dimensiones".



En los últimos días de octubre de 1855 entraba en el Oratorio como interno un jovencito de Tortona, cuyas disposiciones para la pintura y escultura habían movido al municipio de aquella ciudad a ayudarlo, enviándolo a Turín para que siguiera los estudios de arte. Había sufrido una grave enfermedad en su casa, y cuando llegó al Oratorio, ya fuera por hallarse lejos del pueblo y de los suyos, ya fuera por encontrarse en compañía de muchachos desconocidos, el caso es que se encontraba arrinconado, observando cómo los demás se divertían, absorto en sus pensamientos. Domingo Savio no tardó mucho en acercarse a él para consolarle. Mantuvieron el siguiente diálogo:

- ¡Hola, amigo! Se ve que no conoces a nadie, ¿verdad?
- Pues no. Pero me divierto viendo jugar a los otros.
- ¿Cómo te llamas?



- Camilo Gavio, de Tortona.
- ¿Cuántos años tienes?
- Quince cumplidos.
- ¿Qué te pasa que estás tan triste? ¿Te encuentras enfermo?
- Sí, he estado gravemente enfermo: un ataque de corazón me llevó al borde del sepulcro, y aún no me he curado del todo.
- Desearás curar, ¿verdad?
- Hombre, estoy resignado a la voluntad de Dios.

Estas últimas palabras demostraron que Gavio era un joven de piedad nada común, y Domingo Savio continuó:

- Entonces, deseas ser santo, ¿verdad?
- Sí, ésta es mi gran ilusión.
- Pues mira, yo voy a decirte en pocas palabras lo que has de hacer. Has de saber que aquí hacemos consistir la santidad en estar muy alegres. Procuramos, por encima de todo, huir del pecado como de un gran enemigo que nos roba la gracia de Dios y la paz del corazón. En segundo lugar, tratamos de cumplir exactamente nuestros deberes y frecuentar las prácticas de piedad. Empieza desde hoy a escribir como recuerdo: Sirvamos a Dios con alegría.

Esta conversación fue como un bálsamo para las penas de Gavio, que experimentó un verdadero consuelo. Desde aquel día fue amigo íntimo de Domingo Savio y fiel imitador de sus virtudes.

Memorias Biográficas
Tomo V pag. 257/258